



EL MURMULLO DE LAS DAMAS

Andrea Loren

EL MURMULLO DE LAS DAMAS



Primera edición: octubre 2023
© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.
© Andrea Loren

ISBN: 978-84-19899-90-3
ISBN digital: 978-84-19899-91-0
Depósito legal: M-31284-2023

Editorial Adarve
C/Luis Vives, 9
28002 Madrid
editorial@editorial-adarve.com
www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mis hijos y a mi esposo, que luchan a mi lado en todas las batallas.
Y a mis padres, por supuesto, porque me enseñaron a pelear,
a saber perder y a continuar.*

Nota de la autora

El nacimiento de la Patria tuvo un parto largo y doloroso.

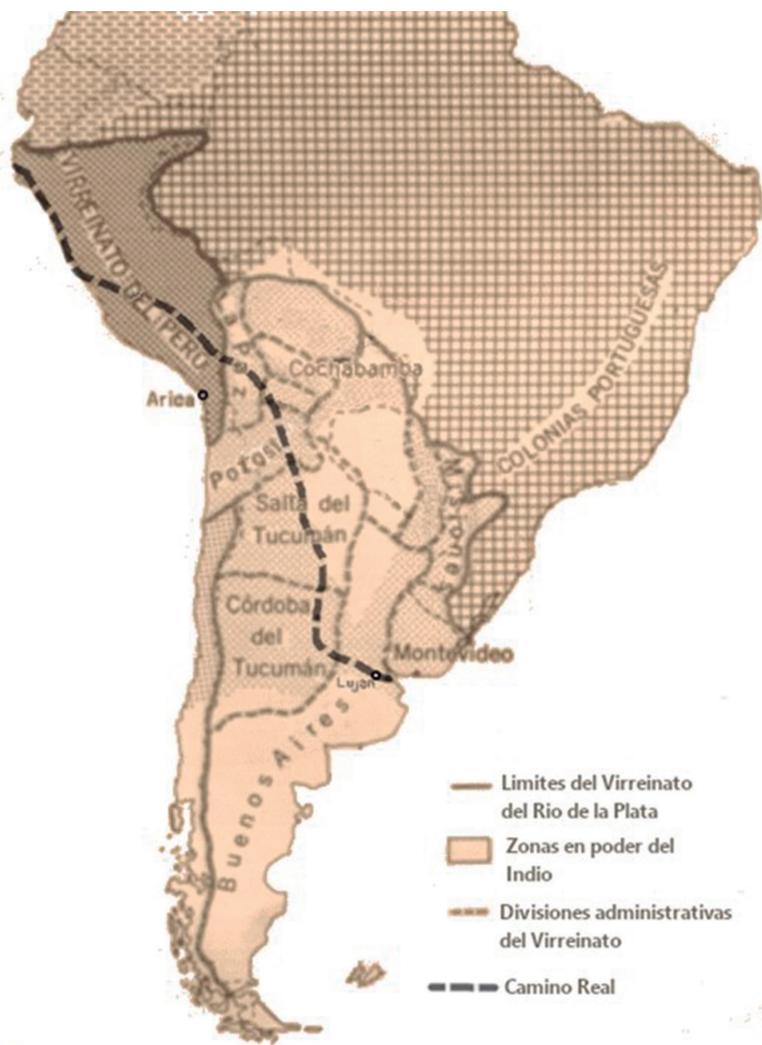
Ellas, que fueron hijas obedientes, y esposas y madres abnegadas, cosieron, rezaron, espieron, lucharon y murieron mientras impulsaban una revolución que debía ser, y que las encontró en el camino que a cada una se le había asignado.

Mujeres de distintos orígenes que se unieron en las sombras y cuya voz heroica se mantuvo callada hasta nuestros tiempos, aunque su murmullo resultó imparable y ensordecedor.

Esta novela procura visibilizar a aquellas que ayudaron a dar a luz a la Independencia en América del Sur y que, por su sola condición de mujer, fueron vetadas de la historia.

Lo narrado en estas páginas se inspiró en las hazañas de algunas de ellas, no obstante, fueron muchas las gargantas que en los recovecos de esos años tomaron fuerza para que el alarido de la libertad estallara, como un inicio y en todas sus formas.

*El General Manuel Belgrano, por muchos considerado el primer defensor
de los derechos de las mujeres argentinas, dijo alguna vez...
«El miedo solo sirve para perderlo todo».*



PRÓLOGO

«Sin caer en una inadmisibile licencia literaria, podría decirse, acaso, que en la emergencia el río hizo también su parte».

F. A. Daus. Geografía y unidad argentina. 1957. Ed. Nova

YLLA

(1792 - Buenos Aires, Virreinato del Río de la Plata)

I

Desde aquella tarde de costura en casa de doña Alicia Villar Monterey, Ylla había quedado obsesionada con lo que dijo la más joven y recién llegada de todas las esposas, Ester Iriate, alterando por completo la paz que solía acompañarla. Andaba al límite de sus posibilidades y sabía que, para dar el paso, había que dejar escapar esa fuerza que provenía de su interior y que intentaba romper la última cáscara que la cubría. Era un riesgo, lo sabía, pero el motivo de su existencia empezaba a hacerse visible frente a sus ojos y no podía más que seguir sus instintos.

—Imaginen señoras la cara del virrey cuando mi esposo le informó lo que había dentro de ese campamento lleno de cholos, indios y vaya a saber cuántos más —comentó Ester—. ¿A quién se le podría ocurrir que un grupo de salvajes estarían organizados, planeando vaya a saber qué cosas en contra del rey? Había joyas, armas y uniformes del ejército.

—¿Y de dónde sacaron esas cosas? —preguntó una de ellas mientras hacía los ojales.

—Robadas seguramente. ¿De dónde más? —dijo la esposa del capitán Cerdá y Rodríguez.

—¿Y para qué las querrían? —insistió la dama de los ojales.

—Para iniciar una guerra contra nosotros. Que Dios nos ampare de sus ideas —respondió una dama muy fina persignándose, mientras enmendaba un saco con agujeros en una de las esquinas de la sala.

—Es difícil decirlo por las mujeres y los niños que estaban allí —agregó la esposa del capitán—, pero no puedo lamentar lo que sucedió si eso evitó un mal mayor.

Las palabras cayeron por peso propio y el silencio inundó la habitación. Muchas de ellas dejaron la prenda que estaban cosiendo sobre su regazo para prestar más atención, algunas se levantaron para servirse una taza de té que no apetecían y otras quedaron mudas, con la mirada perdida en algún lugar de su conciencia.

—¿Qué hicieron con lo que encontraron, señora? —preguntó una rezagada a Ester Iriarte, mientras medía el ruedo de una pollera vieja.

—Todo fue enviado al ejército, excepto una caja de madera y cuero labrada con letras doradas —le contestó—. Tenía forma de libro con lomo y todo, según dijo mi esposo.

—¿Forma de libro? ¿Qué había dentro? —insistió la rezagada.

—No lo sé —confesó Ester—. Él me dijo que no podía contarle porque su coronel les hizo jurar silencio. Sería algo importante seguramente, porque tuvo que viajar a Buenos Aires para asegurar su custodia hasta llegar a manos del gobernador intendente, que la guardaría bajo llave en su despacho.

—No imagino qué puede justificar la muerte de tantos inocentes —le retrucó indignada doña Alicia sin disimular su enojo.

«*Le symbole*», pensó Ylla en la intimidad de su habitación de la planta alta en el hotel de Buenos Aires varios meses después, mientras rememoraba aquella escena y la frase de Alicia que se le había quedado anidada en el pecho como una punzada de desazón y curiosidad.

Unos pocos días habían pasado desde que llegara proveniente de Salta y estaba presurosa por salir, pero el clima estaba imposible. La tormenta había oscurecido la tarde poco después del mediodía, transformando las calles en un desierto de almas empolvadas de un momento a otro. El rugido de las ráfagas sin una gota de agua la estremeció y levantó la vista a los ventanales que temblaban contra los marcos en un golpeteo constante que se había incrementado con las horas. Inmediatamente, la mirada se le fue a la cuna y tras asegurarse de que su hijo no se hubiera sobresaltado, le tapó las manos que habían quedado a la intemperie.

Nunca imaginó que Buenos Aires tuviera vientos más fuertes que los norteros. Salta se le hacía maravillosa y pocas cosas podía criticarle, sin embargo, el clima enrarecido de algunas temporadas le fastidiaba y creía que la ciudad estaba más exenta de aquellas cosas. Y en tanto que afuera el pampero desataba el caos, se concentró en los detalles del plan que había diagramado aprovechando su corta estadía. El barco partiría hacia París al día siguiente y tendría poco tiempo para llevarlo a cabo, solo necesitaba una excusa para ausentarse un rato, sin las sirvientas ni el niño, antes de que llegara su esposo.

Los golpes en la puerta la sacaron rápidamente de sus pensamientos y la obligaron a correr para que su hijo no se despertara. Era su cuñado, estaba elegantísimo con una levita negra entallada y un pañuelo gris en el cuello, pero parecía agitado y un poco pálido.

—Este es el momento —le dijo presuroso—. Hay que abrigarse, te espero afuera.

—No puedo ir ahora, el nene está recién dormido —le contestó.

El hombre la tomó delicadamente del brazo y la acompañó hasta una de las ventanas. Ella lo siguió curiosa.

—Mirá —le dijo señalando hacia afuera.

La polvareda había bajado y pudo entender por qué, ese era el momento indicado.

—¿Dónde está el río? —soltó la dama en voz baja mientras se llevaba la mano a la boca.

—¿Querías una distracción? —le preguntó su cuñado con vehemencia—. Será que Dios está de nuestro lado porque ahí tenés una bastante grande.

Por la ventana pudo ver como unas pocas personas se acercaban a la costa con las manos en la cabeza. Algunos corrían asustados y otros solo discutían entre sí tratando de encontrar una respuesta lógica al asunto.

—Voy a llevarlo con las muchachas para que lo cuiden y bajo —le dijo finalmente a su cuñado con entusiasmo mientras agarraba su capa.

Él la miró conforme y salió de la habitación. Cuando se iba, se preguntó una vez más de qué estaba hecha esa mujer con la que se había casado su hermano. «Desaparece el Río de la Plata en una tarde y ella solo sonrío y agarra su capa», susurró mientras bajaba las escaleras con prisa. Sin embargo, a esa altura ya no esperaba respuestas; cuando Ylla tenía algo en mente, los sucesos simplemente se desencadenaban.

II

Al llegar al cabildo, vieron que en la Plaza Grande se habían empezado a juntar los vecinos que buscaban explicaciones a tal magnífico evento. Mientras tanto, algunos de los patricios de la custodia volvían a sus puestos, tratando de recomponerse luego de la primera impresión; es que uno no es testigo de la desaparición de un río ancho y profundo como ese todos los días.

Ella se tomó de su brazo y ambos caminaron despacio hasta la puerta donde se anunciaron como visita del gobernador intendente. El oficial revisó el libro y efectivamente comprobó que sus nombres estaban anotados en él.

—Disculpe, señor —dijo el oficial—, pero ante lo acontecido se han cancelado las visitas.

—Pero si es una pequeña bajada del agua por el viento pampero —le dijo la dama restando importancia al evento—, nada que no vuelva a la normalidad en unas horas.

El soldado la miró asombrado.

—Es que mi esposa no se sorprende fácilmente, oficial —respondió su cuñado siguiéndole el juego.

—Por supuesto, señora —le dijo por cortesía.

—Me sorprendería si fuera que realmente hubiese desaparecido —continuó la dama—, se retrajo un poco apenas, no entiendo el alboroto —dijo haciéndose la despreocupada.

—Dicen que se puede cruzar a pie, señora —le aseguró el joven guardia que aún no salía de su estupor—. Desde la torre puede verse.

—No puede ser —dijo ella acomodándose el pañuelo que llevaba en la garganta y que le tapaba parte del pecho.

—Ya le digo yo, oficial, que es difícil de convencer —le advirtió el caballero con una sonrisa—. A menos que lo vea con sus propios ojos, usted quedará como un mentiroso.

El guardia movió la cabeza de un lado al otro resignado.

—¿Le gustaría subir para verlo usted misma?

—No quiero molestarlo, oficial —dijo ella mirándolo delicadamente con sus ojos claros.

—Pase, por favor, le diré a un guardia que los acompañe.

—Vamos, querida, es un evento único —dijo su cuñado simulando interés.

—Bueno, solo un momento, que tengo al niño con las sirvientas y quiero llegar antes de que despierte —aceptó la dama, a sabiendas de que había logrado su cometido.

Mientras cruzaban el cabildo, en los corredores se escuchaban acaloradas deliberaciones en distintos recintos cerrados cuyo murmullo se hacía eco entre los pasillos, desfigurando las voces e inmortalizando el momento como si fuera de antaño.

A pocos metros, un hombre muy joven se acercaba con varios libros, rollos de papel y anotaciones entre sus brazos, tanteando el camino y haciendo equilibrio a paso ligero. La dama lo vio y aprovechó la oportunidad. Cuando el muchacho había pasado frente al guardia que les marcaba el paso, ella se puso delante y ambos cayeron al piso. El viento arremolinado levantó los papeles en el aire y las ráfagas en el patio central lo alborotó todo haciendo un desparramo.

—Pero ¡qué barbaridad! —dijo el pobre desgraciado desde el piso, con una lluvia de papeles cayendo por todos lados.

El guardia se apresuró a levantar a la dama y ella se acomodó las polleras y el peinado bajo la capa.

—Disculpe mi torpeza, señora, no la había visto —dijo el joven mientras trataba de rescatar las hojas.

—No se preocupe. ¿Puedo ayudarlo con algo? —le preguntó

Ylla, mientras levantaba algunas de las que habían caído al suelo cerca de sus zapatos.

—Oficial, nosotros conocemos el camino, somos amigos del gobernador y hemos venido varias veces. Ayude al caballero con la tarea de recoger este lío y luego nos alcanza —sugirió su cuñado al guardia que los acompañaba.

El oficial, al ver la desesperación del joven por recuperar los escritos, apenas titubeó y aceptó el ofrecimiento con una pequeña inclinación de cabeza.

Cuando la pareja llegó al pie de la escalera principal, él le dio la mano para subir los peldaños con galantería.

—Nunca me voy a sorprender lo suficiente contigo, querida —dijo el hombre satisfecho, tenía la sonrisa sincera y un aroma fresco que era propio de su piel.

La dama levantó las cejas con una mueca de satisfacción, bajó su capucha y dejó ver la preciosa cabellera en un peinado alto.

—No abusemos de nuestra suerte, que aún no tenemos nada —le sugirió ella.

El caballero asintió con la cabeza y aceleró el paso. Al llegar al final del corredor, manoteó la manija de la puerta y el despacho del gobernador se abrió ante ellos sin ningún impedimento. Su compañera lo miró complacida.

—Se ve que el evento los hizo salir demasiado rápido —le dijo entusiasmada e ingresó, mientras él se quedaba haciendo guardia cerca de las escaleras.

Ylla caminó alrededor del escritorio y empezó a buscar. Levantó la vista y recorrió la oficina lentamente. «¿Dónde guardaría aquello que hice traer casi 300 leguas para que nadie lo encuentre?», pensó la dama tratando de adivinar al gobernador.

III

En el gran salón de juntas, varios hombres deliberaban mientras presentaban sus puntos de vista. Aquel día había empezado como cualquier otro, pero tras la irrupción del viento pampero, la vida de Buenos Aires se había revolucionado.

«¿Dónde está el río?», se preguntaban todos, y nadie podía elaborar una respuesta satisfactoria.

—Debemos mandar a dos hombres al galope para que vean hasta dónde llega la baja —sugirió uno de ellos—. Dicen que desde Quilmes sería lo mejor —agregó mientras se acercaba al gobernador.

Todos se miraron por un momento en donde primó el silencio. El gobernador se asomó a una de las ventanas que daba al patio interno y le sorprendió ver huracanes de hojas blancas volando como si fueran aves desorientadas. Abajo, su secretario y un guardia de los patricios iban y venían tratando de atraparlas a duras penas.

«Que trapisondista este muchacho», pensó, y comprendió que ya no podría contar con esos registros del tiempo de años anteriores para evaluarlos. Se dio vuelta para enfrentar a los caballeros que esperaban una respuesta y los miró con una ceja levantada como si aún siguiera pensando.

—Manden a un capitán y a un oficial con los caballos más rápidos y descansados que tengan —dijo casi dudando de su orden—. Y, por favor..., que sepan nadar.

Inmediatamente, la reunión se levantó y todos corrieron en

busca de los abrigos para llegar donde, hasta hacía unas pocas horas, habían sido las costas del Río de la Plata. Costas, ahora devenidas en un barrial con restos de pequeñas embarcaciones hundidas y un horizonte profundo hasta las tierras orientales.

Cuando el gobernador se quedó solo, encendió un cigarro y se sentó en el sillón frente a la ventana. Era un hombre práctico y de buen carácter.

«Eso no puede ser otra cosa que una señal divina en premio por su tarea en el virreinato y sus esfuerzos para avanzar con el libre comercio», pensó.

Mientras el hilo de humo subía lento, entrecerró los ojos y emitió una carcajada áspera que lo hizo toser.

«Imagínese la cara del virrey cuando le diga que tenemos una vía nueva por tierra a Colonia do Santíssimo Sacramento», bromeó en la soledad del recinto. Le gustaba hablar consigo mismo y tratarse de usted.

Luego se levantó con la sonrisa impresa en el rostro y el cigarro entre los labios. «Pucha que le hubiese venido bien el milagro», se dijo mientras agarraba su saco.

Caminó hasta la puerta para salir de la sala, que ya estaba demasiado hedionda de tantas horas de discusión masculina, y caminó con las manos en los bolsillos aprovechando la soledad de los corredores. Ni siquiera los guardias habían ocupado sus puestos ese día con semejante alboroto.

Como hombre europeo que era, descreía de lo que no podía explicarse. Aunque lo viera con sus propios ojos, el suceso tenía alguna razón científica y averiguarlo sería su próximo objetivo. Gobernar Buenos Aires le resultaba fácil y le dejaba bastante tiempo libre que ocupaba en sus muy variadas costumbres filantrópicas, la investigación histórica era una de ellas, y bien que le serviría aquello para agregar a su libro que había titulado *Diario de memorias en el Río de la Plata*.

Por otra parte, no había español más feliz en las Indias que él. Los criollos le parecían fascinantes y las mujeres de una belle-

za poco vista. Cuando el rey lo nombró por sus cargos militares, pensó que era un castigo por las contadas victorias en el campo de batalla, sin embargo, apenas pisó Buenos Aires, no tuvo más que dichas.

Se paró en el corredor de la planta alta del cabildo mirando hacia abajo y las aves de papel habían desaparecido. «¿A quién se le ocurre hacer anotaciones y no encuadernarlas?», pensó. Los criollos no tenían el método, pero eran pasionales e intrépidos, dos atributos que le resultaban imprescindibles para superarse.

Se calzó el saco y miró su reloj de bolsillo. Era tiempo de prepararse para viajar hasta las costas de Quilmes, después de todo tenía que ir a supervisar el ahogamiento de los mártires para cuando subiera el río.

Aceleró el paso y cerca de las escaleras se cruzó con una dama de amplia capa azul y ojos claros que le sonrió osada, mientras acurrucaba sus manos entre los pliegues de un inmenso pañuelo que le cubría el pecho. Él movió la cabeza inmediatamente para saludarla y devolverle la sonrisa. Abrumado ante su belleza, la siguió con la mirada mientras ella se alejaba a paso lento.

«Debe ser su día de suerte, gobernador», se dijo mientras se dirigía de vuelta a su oficina.

PRIMERA PARTE

«Abrir las ventanas»

1805

CAPÍTULO 1

LAS HIJAS DEL TENIENTE CORONEL

I

(1805 - Intendencia de Salta del Tucumán -
Virreinato del Río de la Plata)

No había amanecido cuando el capitán de la compañía anunció que estaba todo listo para seguir. Las damas ya estaban sobre la carreta y solo quedaba el último tramo del viaje.

Él las vio abrir sus sombrillas para evitar el rocío como si estuvieran de paseo y se preguntó si aquello le serviría por lo menos para acariciar un traslado a Buenos Aires. Más de cinco años en el ejército del rey y su primera misión como capitán era llevar a las hijas del difunto teniente coronel Álvaro de Artiaga de Córdoba a Salta con motivo del compromiso de una de ellas.

Magulló el asunto con fiereza entre los dientes y escupió al suelo lo que fácilmente pudo ser su orgullo, después se subió al caballo para terminar con el mandado lo antes posible.

No era un tipo sin humildad, pero aquello era una afrenta que le había costado digerir desde el día que lo llamaron para darle la noticia. Mientras que otros estaban cuidando territorio o diagramando las expediciones, él se había transformado en el guardián de la virtud de aquellas, que con mucho gusto hubiese tomado.

«¿A quién carajo se le ocurre mandar a dos mujeres solas acompañadas de veinte hombres por más uniforme español que lleven puesto?», se repetía sin respuesta.

Además de armar estrategias para que las damas tuvieran la privacidad necesaria, había prohibido el alcohol en todo el recorrido y eso tenía de mal humor a varios. No dormía tranquilo hacía semanas pensando en que a ninguno se le ocurriera andar con la mano suelta, cuestión que lo mantenía en un estado de alerta que se le notaba en el semblante. Le hubiera sido más fácil conciliar el sueño, apostado sobre barro en una barraca con los portugueses armados a diez mil pies de distancia, que en aquel catre que lo sostuvo en las noches dentro de un campamento lleno de lobos rodeando dos gallinas.

No necesitaba saber más sobre Pedro de Artiaga para juzgarlo de pies a cabeza. «Ese infeliz», como le decía, se las había entregado en guarda como si se tratara de cajas de licor, con la orden de ser llevadas a la finca del coronel Antonio Durán de la Cruz, con quien había acordado el matrimonio. Ciertamente, el ejército no estaba para esas tareas, pero siendo el hijo del teniente coronel Álvaro de Artiaga y el yerno de don Ramiro de Alzaga, el hombre se tomaba sus licencias.

Julia, que escuchó fuerte y clara la voz del capitán con la orden de avanzar, respiró aliviada. Sabía que no habría más paradas hasta llegar a Santa María y eso le sacaba un poco del peso que había recaído sobre sus hombros. Nunca había imaginado que estaría impaciente por llegar, pero el peligro que significaba aquello no podía compararse con la estadía en una casa de familia.

Levantó la vista hacia su hermana menor, que había amanecido un poco más animada, y se encontraron en una mirada suave, de esas miradas que aparecen en el rostro cuando el viento de frente

relaja la tensión en los rasgos. Le palmeó la mano y la sostuvo con una sonrisa tranquilizadora. Elena le correspondió y trató de inventar un buen gesto mientras respiraba hondo para poder sostenerlo. Empezaba la parodia que interpretaría el resto de su vida y tocaba acostumbrarse, o por lo menos intentarlo.

El susurro del bosque que iba desapareciendo a sus espaldas dio paso a un sonido sordo y seco, vacío de todo lo que conocían y lleno de angustias por lo que llegaba. Aquel era un paisaje inhóspito que, por cada legua transitada, acumulaba preguntas cuyas respuestas serían oídas, con suerte, en el letargo de los días que vendrían antes de la boda, cuya fecha estaba fijada treinta y tres días después de su llegada. Treinta y tres días que serían suficientes para verse las caras pero no para conocerse, mucho menos para enamorarse.

Ellas, sin embargo, habían hecho un pacto. Necesitaban de algo que las mantuviese erguidas a pesar de todo y marcara límites en aquella tragedia que les tocaba.

—No voy a casarme si no me parece el adecuado —le dijo Elena a su hermana nueve años mayor.

—No dejaría que lo hicieras —le aseguró Julia con la mirada firme.

Y tácitamente había otro acuerdo sostenido solo por la desesperanza, a la luz de una promesa vieja que le habían hecho a su padre, y que no por vieja se hubiese olvidado; de no resultar el adecuado, tampoco volverían a casa.

Elena se movió incómoda cuando el recuerdo se le clavó en la cabeza y puso la sombrilla a un lado para que Julia no la viera. Era una muchacha de líneas delicadas, cabello cobrizo claro y ojos celestes que no se permitía bajar la guardia. Los dieciocho años le daban una frescura natural que, con la noble venia de sus antepasados europeos, la dotaban de una belleza que algunas veces se hacía difícil de llevar en las colonias. Sin embargo, a ella no le pesaba tanto, tenía un orgullo inmenso y el perfil alto y abusaba de sus atributos convenientemente para hacerse de lo que necesitaba. Tenía aquel don con el que se nace y no se hace, el don de la gracia, que la destacaba en cualquier lugar donde estuviera.

Ese mismo don la había subido a la travesía que pretendía terminar en un matrimonio arreglado entre su hermano y un coronel rico de treinta y dos años, que le daría entrada a una vida que no había pedido, pero que debía vivir plenamente con una sonrisa convincente entre los labios.

Julia se había puesto rígida con los hombros hacia atrás y la mirada petrificada en alguna parte del camino simulando, como siempre. Ella era experta en ese arte que usaban como escudo protector y que cada tanto transformaban en espada para ganar algunas batallas. Elena, que siempre la miraba de reojo, sabía nutrirse de los artilugios que su hermana le había enseñado a los ponchazos para sobrevivir y solo Dios sabe cuánto había estado afilando sus propias armas para empuñarlas cuando fuera necesario.

«Más le vale a ese coronel mantenerse a raya hasta que yo lo acepte», se repetía la jovencita.

Lo cierto era que no había poder sobre la tierra que la poseyera si a ella no se le apetecía. Ni Pedro podría sofocarla con tamaña entrega. Había visto a su hermana padecer durante años al desgraciado para protegerla como si fuera su propia madre y no fueron pocas las veces que se escondió tras sus polleras, retén habitual de gritos y palizas que pretendían amordazarla. Sin embargo, bien sabía ella lo que hacía, allí se habían terminado los tormentos para ambas. Don Antonio tendría su oportunidad y si no a volar, pero nunca más volvería a Córdoba.

Tras la muerte de sus padres, la vida había dado un giro perturbador. Allí donde antes había amor, ahora moraba el odio, el resentimiento y los excesos, y el único motivo por el cual se dejó llevar por aquel camino que le habían asignado era la certeza de que sería la única escapatoria que tendrían ambas.

Se lo debía, Julia siempre se había llevado la peor parte. Su hermano tenía un especial empecinamiento con ella, un sentimiento envenenado que crecía día a día imparable, como un huracán que cada tanto tocaba tierra y hacía un desastre.

Para ella, Pedro tenía otros planes y hacia ellos se dirigían esa mañana.

Así que eso de la rigidez en Julia no era cosa natural, era el callo que se le había hecho en el alma para aguantar la carga. ¡Claro que se lo debía! A tantas leguas de distancia, él ya no podría lastimarla. Y no es que lo hubiesen hablado, pero las dos sabían que aquel sería un viaje de ida sin regreso, fuera lo que fuera lo que les esperara en Salta.

Antonio Durán de la Cruz, por su parte, se había transformado en una pesadilla cotidiana desde aquella tarde en que, mate va mate viene, se lo habían informado como futuro esposo y que, cada tanto, como en un pedido de socorro mental, imaginaba como un hombre gentil y buen mozo que les hiciera la vida más liviana. Nunca lo habían visto, pero sabían que había servido desde muy joven bajo las órdenes de Álvaro, su papá, quien tenía un especial aprecio por él.

Elisa, su madre, había sido muy amiga de la madre de él, doña Isabel, durante el tiempo que ambas familias vivieron en Buenos Aires, y eso les daba cierta tranquilidad. Sin embargo, Pedro se jactaba de sus conexiones en el gobierno porque Durán de la Cruz era un hombre reconocido en España, situación que les despertaba cierta desconfianza.

Nada más sabían ellas, su hermano lo llamaba *el Moro*.